

MURALLAS DE ALCALA DE HENARES

Ahora bien: conviene advertir que el itinerario es difícil de seguir por las muchas vías que se entrecruzan, y que, por lo mismo, aparte, claro es, de consultar los indicadores, no estaría de más demandar ayuda, pues es sabido que preguntando se llega lejos.

EL REAL SITIO DESAPARECIDO

En el kilómetro 14,500, nada más que torcer a la derecha, casi a seguido, nos encontramos con un pueblo cuya actual apariencia no delata el que ostentara en tiempos, todavía cercanos, el rango de Real Sitio. Se llama San Fernando de Henares, e igual podría denominarse del Jarama, porque ambos ríos riegan su término. La historia, aquí más bien anécdota por la leve huella que su impronta ha marcado, nos relata que fué Fer-

nando VI quien la adjudicó dicho título y que incluso le dotó de palacio; mas también cuentan que su duración sería harto corta, a semejanza de lo que ocurrió con Villaviciosa de Odón, la otra creación del hipocóndrico Monarca. ¿No prosperarían estas obras suyas porque el espíritu de este Rey estaba minado por la melancolía y la tristeza? Poco importa saberlo con certeza, tan sólo interesa señalar que cuando el ceremonial cortesano desapareció para siempre de estos parajes, San Fernando de Henares recuperó, tras la época en que se dedicó a la fabricación de tejidos, su verdadera fisonomía campesina y ganadera de reses bravas. No obstante, nada más salir del pueblo nos sorprenden —he aquí nuestra primera exclamación— dos grandes y magníficos edificios industriales. ¿Por qué, si las fábricas están en

boga —¡ bendita moda!— en España?

PAISAJE DE LAS DOS CARAS

Y poco más allá, carretera adelante, un paisaje de dos caras. A la derecha, yermo, seco, duro, pedregoso, limitado por el corte de pequeñas y feas colinas; a la izquierda, una naturaleza pródiga y sonriente, matizada por la más bella combinación de colores: el verde lozano de la hierba fresca junto al pardear, entre amarillo y encanado, de la tierra que espera la hora gozosa del fruto. Y el verde esmeralda de los chopos, y el rojo encendido de las amapolas, y el reflejo dorado, venturoso, feliz, de los cereales. La vega se extiende bajo nuestra mirada y nuestros sentidos se alegran. Atravesamos el ancho Jarama, que se escapa en busca del Tajo. Atrás quedan los merenderos, con sus parejas de enamorados y los recodos silenciosos y umbríos. Estamos divisando Mejorada del Campo.

RECOMPENSA A LA CURIOSIDAD TURISTICA

Subimos por una cuesta empinada y topamos con el casco urbano del poblado. Casas de adobe de una sola planta. Se perfila el típico pueblo castellano, con su caserío pobre, de paredes resacas y agrietadas y sus calles sin árboles, sin sombra. Varios hombres recostados en las paredes fuman perezosamente. Nos miran al pasar. Preguntamos qué hay que ver en el pueblo, y nos dicen que la iglesia de la Natividad. Es bonita y espaciosa. Rezamos ante el Tabernáculo, y cuando nos disponemos a salir, una capilla de bellas proporciones, adornada al estilo jónico, nos llama la atención. Es una grata e inesperada sorpresa, que recompensa generosamente nuestra curiosidad turística. Al bajar la pendiente por la que ascendimos al pueblo, otra vez el espectáculo de la vega fértil. Ahora, la del Henares, ese río que adorna sus orillas con árboles frutales y verdes hortalizas, y en cuyas aguas arcillosas se pesca el barbo y la carpa, la anguila y el cangrejo, como recuerda el Arcipreste de Hita: «Del río de Henares venían los camarones...»

RUTA SOLITARIA

Velilla de San Antonio es un pueblo sin otro interés para el excursionista que el que se deduce de la referencia histórica intrascendente que queda ampliamente

satisfecha con sólo ver al pasar por la plaza una vieja casona que fué habitada por el Conde-Duque y que es conocida por las gentes del lugar con el nombre de Casa Grande. En cambio, Campo Real, bien merece que hagamos parada. Al menos, para subir al cerro donde está emplazada la iglesia parroquial, visible en varios kilómetros a la redonda, y desde el cual se divisa una extensísima región. El pueblo siguiente es Torres de la Alameda. Acabamos de entrar en una zona aparentemente solitaria. Estaremos solos en las carreteras, en los pueblos, en el campo. ¿Dónde se hallarán los campesinos que lo trabajan? Paramos delante de la iglesia porticada. Empujamos inútilmente la puerta. Está cerrada. Insistimos y, al fin, alguien escucha nuestra llamada. Queremos ver una fiel reproducción de la Sábana Santa de Turín, que aquí se conserva. La emoción nos embarga al contemplar este lienzo, custodiado en la Casa Rectoral, en el que se aprecia la cabeza y torso de Jesús. Leemos la siguiente leyenda: «Este es el verdadero retrato del Santísimo Sudario, sacado del original en Turín y tocado a él en 3 de mayo de 1620 años.»

A partir de Torres de la Alameda, se acentúa esa nota de soledad, de aislamiento. Nos invade cierta melancolía. Volvemos a preguntar: ¿Dónde estarán las gentes? Y el campo, ¿no está labrado? Paramos el automóvil. Nos place el mirar hacia el infinito. ¡Qué gran encanto tiene esta tierra fuerte, desnuda de vegetación, en la que el hombre advierte que, al fin y a la postre, tan sólo debe contar consigo mismo y con Dios!

EVOCACION DE TRISTES HISTORIAS

Pasamos el Gurugú, un paisaje con nombre de resonancias africanas, y llegamos a Anchuelo y Santorcaz. Un pueblo este último cuyo aspecto exterior nos hará pensar si el tiempo ha transcurrido. Pero pronto salimos de dudas. Hasta nosotros llega la voz metálica de la radio y la advertencia, en contra de tal suposición, de una antena de televisión. No hay que engañarse; los años han pasado. El Castillo, feudo templario y arzobispal, prisión de clérigos —entre sus muros estuvo encerrado Francisco Ximénez de Cisneros— y de ilustres magnates; entre otros, Don Rodrigo Calderón y la Princesa de Eboli, está roto y maltrecho. Casi nada queda de él. Y, sin embargo, cuando se le



Una de las calles de Alcalá de Henares.



Patio trilingüe de la Universidad de Alcalá de Henares.

contempla desde lejos parece que aún conserva sus murallas y torreones. Es como un fantasma del pasado que hace su aparición ante nosotros para evocar tristes historias.

PAISAJE EN MAQUETA Y MECO, EL DE LA CELEBRE BULA

En Santos de la Humosa debemos parar a la salida del poblado para regalarnos con una de las vistas más hermosas de estos contornos. Pocas veces tenemos ocasión de hallar al pie de la montaña una extensión de terreno tan amplio y sugestivo. Se nos antoja que estamos viendo una monumental maqueta, en la que se recoge en miniatura un sinfín de detalles gratos. Luego, después de atravesar la carretera de Madrid a Barcelona, el pueblo de Meco, el de la célebre Bula, con su campo aún sin germinar. La iglesia de la Asunción —el último asilo que

hubo en España al que se podían acoger los criminales para librarse de la ley— es un magnífico templo que guarda en su interior antiquísimas reliquias.

LA CIUDAD DOCTA

Y, por fin, Alcalá de Henares, esa ciudad que remonta su origen a muy lejanos tiempos —la fabulosa Iplacea o la Compluto Castrense?—, y que produce en el viajero una primera impresión decepcionante, que bien pronto se torna, al entrar en contacto, paso a paso, con sus encantos, en admiración.

El sol se apaga, y es en esta hora del anochecido, cuando las gentes se retiran a sus hogares, la más adecuada para deambular por las calles de la ciudad alcalaína. Toda ella nos habla de una época gloriosa en la que tuvieron asiento las ciencias y las artes y en la que se constituyó, por pri-



Cementerio de Paracuellos del Jarama.

mera vez en el mundo, una ciudad universitaria.

Partiendo de la plaza Mayor, iniciamos nuestro recorrido nocturno. Durante este trayecto comprobaremos que Alcalá, ciudad mesocrática y universitaria, no precisa de los grandes edificios para dejar profunda huella en el ánimo de quien la visita, porque, dentro de un tono mesurado y armónico propio de una ciudad austera dedicada a la contemplación y al estudio, está cuajada de arte y belleza. Y, al pasar por su calle porticada y por las fachadas de los Colegios Mayores, se nos antojará que una alegre juventud, la que pobló sus aulas, camina aún por estos lugares cantando animadas tonadas o discutiendo sobre Teología, que no en balde Alcalá se llamó «Roma la Chica», en razón a su mucho saber en estas cuestiones que tratan de Dios y sus atributos.

El recorrido se acaba. Estamos a dos pasos de la Hostería del Estudiante, lugar de reposo y del buen yantar. Y ya en su interior, al sentarnos junto a la chimenea apagada, evocaremos las ventas antiguas que recorriera el caminante del buen andar que fué el alcalaíno Miguel de Cervantes Saavedra.

Pasamos la noche en un hotel limpio y modesto, establecido en la plaza Mayor, frente a la estatua que ha erigido la ciudad de Alcalá al más preclaro de sus in-

genios, el Príncipe de las Letras españolas. El alba nos anuncia el despertar de la ciudad. La luz de la mañana inunda nuestra habitación. Salimos. La gente, endomingada, se dirige a la iglesia. Continuamos su derrotero para parar delante de un hermoso y artístico edificio del siglo XVII, cuya fachada se distingue por su magnitud y severa sencillez. Es la iglesia llamada de los Jesuítas, y su traza interior responde a las características propias de los templos de los hijos de San Ignacio de Loyola. ¿Qué hacemos ahora, después de oír la santa misa? Iremos, en primer lugar, a la Universidad, que se halla casi enfrente, para así entrar en la época esplendorosa de Alcalá de Henares. En 1498, cuando el Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros pone la primera piedra de la Universidad Complutense inaugurada diez años más tarde. El centro de la portada es sumamente rico en labores y el cordón franciscano, símbolo de humildad y de la vida austera del fundador, circunda la fachada.

Al introducirnos en el recinto universitario, la sorpresa nos acompaña. Las obras de reconstrucción han sido terminadas y ha recuperado, por tanto, su dignidad y belleza. Luego veremos el patio denominado trilingüe, que así se llamaba por enseñarse en el Colegio de San Jerónimo, al que pertenecía, el latín, el griego y el hebreo, y a continuación, en este

mismo patio, el celeberrimo parainfo de la Universidad.

Cerramos nuestra ruta matutina visitando la iglesia de San Ildefonso y el convento de las Carmelitas, en uno de los más bellos y evocadores sitios de Alcalá.

Después de la sobremesa, que no debe ser larga, a pesar de las migas con huevos fritos, que recomendamos para el almuerzo, emprendemos el retorno a la capital; pero antes nos detendremos en estos cuatro sitios: en la Casa de Cervantes, en la iglesia magistral, monumento nacional destruido por las hordas revolucionarias; en el Seminario y en el convento de las Bernardas.

Las murallas de la ciudad y los grandes edificios de las fábricas alcalaínas nos despiden. Son el ayer y el presente que nos dicen adiós.

Regresamos a casa por una ruta de campos fértiles, en la que no hay llanura, monte o ladera que no estén maravillosamente trabajados. Pasamos por Cobeña, villa de origen judío que atesoró grandes riquezas; por Belvis de Jarama, pueblo joven, de moderna estructura urbana, y por Paracuellos, cuyas tierras se santificaron con la sangre de nuestros mejores. Y, por último, Barajas, desde donde se puede sacar billete para cualquiera de las cinco partes del mundo. Cuando llegamos a Madrid, una estela blanca cruza el cielo.

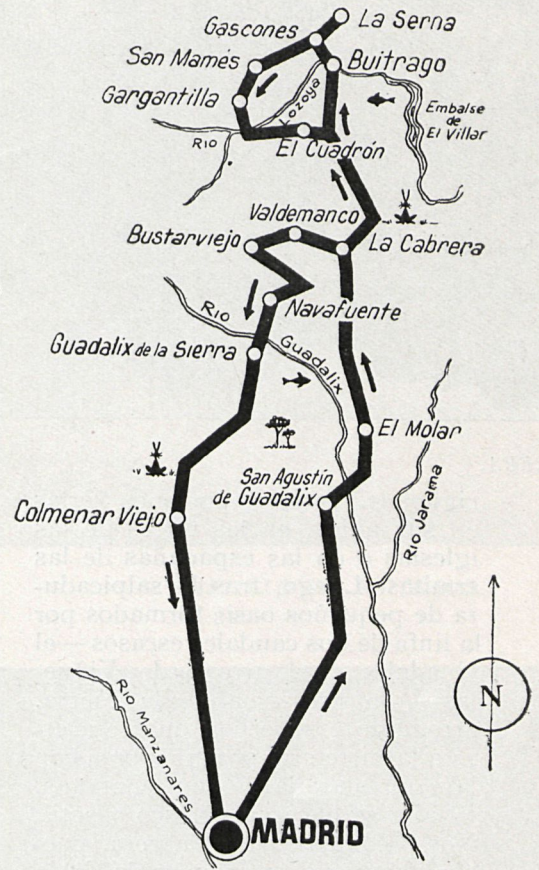
Reparando olvidos = Tierra para cigüeñas = Antiguo cenobio transformado en residencia estival = El imperio de la piedra = Fortaleza castrense y mansión de amores.

**Los embalses que sacian la sed de Madrid
Paisaje pastoril = Por donde pasará el ferrocarril directo de Madrid a Burgos.**

A medida que seguimos avanzando en estos recorridos semanales tenemos que ir necesariamente dejando de lado eso que hemos dado en llamar «rutas desconocidas» para entrar en otras zonas que a fuerza de ser vistas ofrecen poco interés para el que las vuelve a transitar. Algo de esto ocurre con el itinerario de hoy, cuya primera parte discurre por la carretera general de Madrid a Irún. ¿Y qué automovilista de ayer y de hoy, novato o veterano del volante, no ha hecho alguna escapada en dirección a Francia; quién no ha llegado más allá de nuestras lindes provinciales, haciéndose al menos la ilusión de haber emprendido un viaje de más larga extensión, hacia derroteros sugestivos, que tanto atraen con su doble estela de literatura y leyenda? Y si es cierto —según dijo fray Luis de León— que costumbre no causa maravilla, también lo es que en cualquier panorama, aun los más conocidos, podemos encontrar todavía bastantes cosas que produzcan cierta admiración y que nos hagan decir extrañados: ¡Pero si esto no lo había visto yo! Exclamación que problemente pronunciaremos más de una vez durante nuestro viaje. Y como está, por otra parte, reiteradamente probado que a veces se ve más por la palabra que por la mirada— «tienen ojos y no verán», proclaman los Salmos—, intentaremos la difícil empresa de enseñar a través de nuestro relato, si bien, para que ello resulte menos penoso, hablaremos, más que por la lengua propia, por la de otros que ya pasaron por aquí, se detuvieron y vieron.

REPARANDO OLVIDOS

Por ejemplo, ¿se han fijado ustedes que la ciudad se prolonga más allá del casco urbano y nos hace sentir su presencia invisible en el campo? ¿Qué otro significado puede tener ese enredo de hilos que, como inmensa tela de araña, se extiende sobre nuestras cabezas? ¿Acaso los merenderos de cercanías, que tanto se prodigan en esta carretera, no son los cuartos de estar de las grandes urbes, esas habitaciones donde se descansa, se juega al mus o la canasta, o simplemente se reparan fuerzas mientras se «pela la pava» entre amorosas pláticas o se diserta sobre las más variadas cuestiones? Y más adelante, cuando llegamos al kilómetro 23, ¿han reparado ustedes en el gran encanto de ese soto que se divisa junto a las márgenes del Jarama, tan propicio para giras campestres? Y si seguimos avanzando comprobaremos, confirmando así nuestro aserto, que nunca nos detuvimos a contemplar el pórtico de la iglesia parroquial de El Molar, cuyas columnas, chapiteles y portada son de reconocido mérito; ni tampoco nos preocupó, al pasar fugaces por Buitrago, entrar en su maravilloso recinto fortificado; ni hicimos intento de desviarnos del trayecto habitual para visitar los embalses del río Lozoya. O para recorrer una topografía esencialmente pueblerina, sin mixtificaciones ni engaños, festoneada de pequeñas aldeas y amplias praderas. Como la que se inicia en La Serna y se sigue por Villavieja y San Mamés, y se continúa a la salida de La



Cabrera, camino de Valdemanco y Colmenar Viejo.

TIERRA PARA CIGÜEÑAS

El terreno de esta comarca, que abarca San Sebastián de los Reyes, San Agustín de Guadalix y El Molar, corresponde geológicamente considerado, al período cuaternario llamado del diluvium, y, por consiguiente, es arcilloso, con abundancia de guijos o canto rodado. Estamos en presencia de un campo castellano en el que empiezan a doblarse las espigas de los cereales. Es un campo de arado y de rebaños, que nos hace recordar aquella lección de geografía, aprendida en nuestra infancia, que nos decía que España no necesitaba cultivar más, sino mejor. Surge en el horizonte el campanario sobre el que revolotean las





LA CABRERA.

cigüeñas. Todavía podemos verlas en sus nidos, en las torres de las iglesias o en las espadañas de las ermitas. Luego, tras la salpicadura de pequeños oasis formados por la linfa de dos caudales escasos —el Guadalix y el arroyo de Viñuelas—, la presencia de la Sierra, arrogante y soberbia, que se acerca a la carretera, protegiéndola con la gran muralla de sus montañas. El aire se hace más fresco y sutil. Nos paramos en La Cabrera, pueblo veraniego situado en la falda del pico de La Miel, gala y ornato de esta comarca roquera y de afilados picachos.

ANTIGUO CENOBIO TRANSFORMADO EN RESIDENCIA ESTIVAL

Si miramos entre la calva pétreo de la Sierra nos llamará la atención el verde estallido de una vegetación exuberante, entre la que sobresale, tímida y airosa, una vieja torrecilla. Es la de un antiguo convento franciscano, cuyos muros albergaron figuras ilustres —desde el primer marqués de Santillana a Felipe IV, que «conjugó en estos parajes el verbo cazar con el rezar»— y que ahora, en esta época de novedades extravagantes, ha restaurado con esmero y delicado gusto el doctor don Carlos Jiménez Díaz, su actual propietario. A él se debe la transformación del

antiguo cenobio (que había ido desmoronándose poco a poco desde la aplicación de las leyes desamortizadoras) en una magnífica residencia, en la que se han armonizado artísticamente los vestigios del pasado con los detalles confortables de la vida moderna.

EL IMPERIO DE LA PIEDRA

A partir de La Cabrera, la piedra juega un importante papel en el paisaje, y al pasar junto a las rocas desnudas y grises, desparramadas entre surcos y laderas, pensamos que tal vez fue un cílope poderoso el que las ha arrancado de las peladas crestas para obstruir inúltimente nuestra marcha. Cerca de Buitrago el panorama se ha hecho más nítido, más limpio, y cielo y tierra se confunden en el horizonte.

El sol luce sus últimos rayos cuando entramos en el recinto fortificado de los Mendoza. La hora misteriosa está en su apogeo. La sombra de la fortaleza cruza el foso natural que crea a su alrededor el río Lozoya. Nos sentimos transportados a otra época, vestidos, por taumaturgia del ambiente, de las virtudes y características de aquellos «homes». Cuando todo buen caballero debería guardarse de hacer malas obras para mantenerse en este mundo en honra y

vergüenza, como nos dice en su libro «Del caballero y del escudero» el infante don Manuel.

FORTALEZA CASTRENSE Y MANSION DE AMORES

Y, sin embargo, al recorrer sus murallas derruídas, hojas caídas de un antiguo esplendor; sus matacanes y barbicanas, parapetos y puertas, que nada pueden defender ya, trócase nuestro encantamiento en profundo y doloroso desengaño. ¿Cómo es posible que varias generaciones de españoles hayan permitido que este mudo testimonio de nuestra Historia medieval se derrumbe sin que se hayan tomado las medidas precisas para impedirlo? ¿Cómo lastima nuestros ojos y nuestra sensibilidad patriótica ver tanta ruina erigida, acusándonos de negligencia y abandono!

Es Buitrago una villa de dos cuerpos: Uno, integrado por las nuevas edificaciones, que saltaron el recinto amurallado, vivo y pujante, y otro, silencioso y moribundo, que permanece fiel al pasado. En él se encuentran la iglesia parroquial, con su bellísima torre mudéjar, a punto de derrumbarse, y el castillo, que ocupa el ángulo sudoeste de la muralla, con sus cinco altivas torres.

Para contemplar el recinto fortificado de Buitrago en su total y armonioso conjunto hay que situarse de lejos y desde alto, como si lo viéramos a vista de pájaro. Así es como se puede apreciar su aspecto hosco, puramente militar, ajeno a todo adorno superfluo. Contrasta su severidad castrense con su historia como sede de los Mendoza, los grandes señores prerrenacentistas de los últimos Trastámara, siempre abiertos a las liberalidades y a los regalos del amor. Entre sus muros, el marqués de Santillana pulsó intensamente la vida y la arrancó sonidos amorosos, cortesanos y literarios. Placeres y bonanzas que dieron su fin con el rodar de los años, principalmente cuando la nobleza fijó su residencia en la Corte. No obstante, aún brilló fugazmente en el siglo XVIII como noble posesión del duque del Infantado. Su último servicio militar lo prestó frente a las huestes napoleónicas que protegían la retirada del intruso Rey José. Los españoles expulsaban del solar patrio a los franceses, y éstos se vengaban destruyendo y saqueando el tesoro nacional. Y el castillo de Buitrago quedó maltrecho, medio arruinado; obra destructiva que fué terminada más tar-



CASTILLO DE BUITRAGO.

de por la negligencia y el abandono de tantos y por la guerra de Liberación.

LOS EMBALSES QUE SACIAN LA SED DE MADRID

El reloj del torreón nos hace oír sus lentas campanadas. Es hora de retirarse a descansar. En Casa Pepe, en las fondas de la villa o en la Residencia «Miralrío», sita en la carretera general, junto al Lozoya. Se trata de un edificio moderno y confortable. Atrás queda el castillo y sus misteriosos encantos.

De mañana podremos bañarnos en la piscina del hotel o pescar las exquisitas truchas en los recodos que forma el río, para emprender, descansados, la ruta de los tres embalses del Lozoya, si bien a la presa de Riosequillo sólo se puede ir en caso de que nos hayamos provisto de la autorización correspondiente. Y entre joven y extensa pinada, por el camino forestal de «Las Gariñas», se llega a la presa de Puentes Vieja, y a la de El



UNA VISTA DE BUITRAGO.